COMEDIA FAMOSA.

HOMBRE POBRE TODO ES TRAZAS.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Diego Osorio.
Don Juan.
Don Felix.
Leonelo.
Rodrigo, Criado.
Doña Beatriz.
Doña Clara.
Inés, Criada.
Isabel, Criada.
Un Alguacil.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Diego, y Rodrigo en trage de color.

Dieg. Tu seas tan bien venido,
como has sido deseado.
Rod. Tu seas tan bien hallado,
como bien buscado has sido;
que ha tres horas que llegué,
y tres mil que ando buscando
esta posada. *Dieg.* Pues quando
te escribí, no te avisé
de la calle? *Rod.* Lindo talle;
en Madrid no es cosa llana,
señor, que de hoy à mañana
suele perderse una calle?
Porque segun cada dia
se hacen nuevas, imagino
que desconoce un vecino
hoy adonde ayer vivia.
Y dado caso que hallé
la calle, qué me importó,
si en tu misma casa
por ti mismo pregunté,
y me dixeron, que allí
no estaba tal Caballero?
Adonde mas considero
la confusion que hay aqui,
pues la huespeda ignoraba
quien en su casa vivia,
la criada à quien servia,
y el huesped quien le pagaba.
Dieg. Aqui à qualquiera condena
el ignorar lo que pasa
dentro de su misma casa,
y saber lo de la agena,
fuera de que causa ha habido
para que desconociesen
mi nombre, y no respondiesen
à tu pregunta.
Rod. Y qué ha sido?
Dieg. No has visto en una Comedia
verse dos, y en dos razones
hacerse mil relaciones
de su gusto, y su tragedia?
Pues imitemos aquí
su estilo, que en esta parte
tengo mucho que contarte.
Rod. Pues yo empiezo, escucha. *Dieg.* Di.
Rod. Despues que por Doña Ulana,
aquella doncella bella,
aunque aquesto de doncella
se escucha de mala gana,
tu amante filateria,
de necias finezas llena,
fué de noche una alma en pena,
y un cuerpo en gloria de dia.
Despues que por los crueles

zelos, de unas cuchilladas
fuimos danzantes de espadas,
y baylantes de broqueles.
Despues en fin que reñiste
con tanto brio, y destreza,
que à Don Juan en la cabeza
una cuchillada diste,
tal, que si no hubiera hallado
un hombre que le curó
por ensalmo, pienso yo
que antes hubiera sanado:
te ausentaste de Granada,
donde me quedé aquel dia,
para que fuese tu espia,
mal perdida, y bien ganada.
Veniste à la Corte, donde
seguro, señor, estás
de que te busquen, pues mas
esta confusion esconde
à un delinquente, que el miedo
de Embaxador reservado,
ò el respeto del sagrado.
Yo, pues, que en Granada quedo,
viendo que Don Juan está
mejor, porque ha declarado
un Cirujano pagado,
que está sin peligro ya;
vengo à buscarte, con nuevas
de que tu padre está bueno,
aunque de colera lleno;
y para que mas me debas,
esta traigo en conclusion,
y pienso que hay, señor mio,
capitulo de ahí envio:
aquesta es mi relacion.
Dieg. Despues que por la pendencia
que refieres, yo salí
de Granada, y vine à ver
la gran Villa de Madrid;
esta nueva Babilonia,
donde verás confundir
en variedades, y lenguas
el ingenio mas sutil:
Esta esfera soberana,
trono, dosel, y zenit
de un Sol Español, que viva
eternos siglos feliz.
Despues que ciego admiré,
despues que admirado ví
todo el mundo en breve mapa,
rasgos de mejor buril;
porque en sus hermosas Damas
consideré, y advertí
el ingenio en el hablar,
el aseo en el vestir:
de sus nobles Cortesanos,
de quien tambien recibí
mil honras, ingenio, gala,
valor, y cordura. En fin,
despues que à Madrid llegué,
y despues que ví en Madrid
Damas, y Galanes, oye
lo que ha pasado por mi.
Traxe, Rodrigo, una carta
de mi padre à un Don Luis
de Toledo, amigo suyo;
y visitandole aquí
para entregarle la carta,
en su casa un Cielo ví,
que Cielo era el que incluía
tan hermoso Serafin;
y aun él era el Cielo mismo,
pues si has oído decir,
que es pequeño mundo el hombre,
yo pienso que será asi
la muger pequeño Cielo,
quando llega à competir
con verdadera hermosura
la aparente del zafir.
Dexo à parte locuciones
Poeticas, aunque aquí
pudiera decir, que fue
su cabello oro de Ofir,
su frente campo de nieve,
sus cejas sobre marfil
linea de ébano; y mezclando
roxo, y candido matiz
sus mexillas, rosa helada
en los campos del Abril,
su boca joya de perlas,
guarnecida de rubis,
su aliento el aura, por quien
Flora respira ambar gris;
sus manos dos azucenas,
ù dos ramos de jazmin,
que en partidas hojas hacen
una blanca flor de lis.
Nada desto digo, aunque
todo lo puedo decir;
pues demas de ser hermosa,

lo que me parece à mi
mejor, es tener de renta
largamente doce mil
ducados; esta hermosura
enamoro tan feliz,
que escuché alguna fineza,
y algun favor merecí.
Haz aquí un punto, y pasemos
à otro suceso: yo ví
que en la Corte era muy facil
que me pudiesen seguir
mas por la patria, y el nombre,
que por las señas; y así,
previniendo aqueste daño,
todo lo quise encubrir:
callé el nombre de Don Diego
Osorio, y llaméme aquí
Don Dionis Vela, un Soldado,
que en el Flamenco pais
sirvió al Rey; por esta causa
no te dixeron de mi
en la posada: con esto
pude libre discurrir
la Corte, y así à qualquiera
conversacion acudí,
donde liberal, cortés,
y afable gané, y perdí;
perdí el dinero, y gané
amigos, caudal en fin
el mejor: con uno, pues,
à quien yo me descubrí,
por tener satisfaccion,
una hermosa noche fuí
à visitar una Dama,
tan bella, ayrosa, y gentil,
que aqui viniera bien quanto
dixe, que no dixe allí:
es de las que discretean,
Dama critica, y sutil,
hace versos, canta, juega,
con que acabo de decir
que es pobre, porque à estas gracias
no se les sigue un quatrin.
Desta estoy enamorado;
de suerte, que hoy ves en mi
dos nombres, y dos amores,
porque no pude fingir
el propio con Doña Clara,
que este es el nombre feliz
de la Dama del dinero;
pero con Doña Beatriz
de Cordoba, que es la otra,
soy Capitan, porque así
atento al provecho, y gusto,
que se me pueden seguir,
soy Don Diego con la una,
con la otra Don Dionis:
desta manera me hallas,
no será trato ruin,
que yo engañe à dos, si una
suele engañar à dos mil.
Rod. Suele decirse de aquellos
que muy poco han estudiado,
que en Salamanca han entrado,
mas no Salamanca en ellos:
yo digo al reves aquí,
pues si engañar es tu norte,
tu no has entrado en la Corte,
mas la Corte ha entrado en ti;
suceso notable ha sido,
que un hombre pobre haya estado
de ninguna enamorado,
y de dos favorecido
tan presto. *Dieg.* Si yo quisiera
bien, Rodrigo, si yo amára,
ni mi pena se estimára,
ni mi amor se agradeciera:
finjo, engaño, y es forzoso
tener dicha semejante,
porque ya el mas firme amante
es el menos venturoso:
sí bien, no porque me ves
con uno, y otro favor
dexo de tener amor,
porque Beatriz bella es
à quien estimo, y adoro,
que esta traza me asegura
hoy de Beatriz la hermosura,
mañana de Clara el oro:
ahora el pliego abriré
de mi padre, carta tiene
Don Luis, y una letra viene
aquí. *Rod.* Aguardate, y veré
de quanto. *Dieg.* En sucesos tales,
no acudirá à mis cuidados
menos, que con mil ducados.
Rod. Pues son quatrocientos reales.
Dieg. Qué dices?
Rod. Pues no son hartos
para quien somos los dos?

Y aun no son tantos por Dios.
Dieg. Cómo ? *Rod.* Como son en quartos.
Dieg. Qué esto mi padre me envie
quando yo à la Corte vengo !
Sin los que debo, no tengo
para gastar en un dia.
Lee. *Hijo, yo no tengo hacienda para sustentar vuestras travesuras, y bellaquerias; ahí va una letra de 400. reales, mirad como gastais, que quizá no podré enviaros otra. En la Corte estais, dad alguna traza de vivir honradamente, y ved que el pobre todo es trazas.*
Vive Dios.

Sale Don Juan.

Juan. Pues Don Dionis,
qué pesadumbre teneis,
que tan grande estremo haceis ?
Dieg. A tiempo, Don Juan, venis,
que me hallaréis muy mohino.
Juan. Con quien ?
Dieg. Con ese criado,
que de Granada ha llegado:
con una letra se vino
de solos quatro mil reales.
Rod. Pluguiera à Dios: tengo yo
la culpa deso ? *Dieg.* Pues no ?
por qué de Granada sales
con ella ? *Rod.* Pues si me envia
tu padre ?
Juan. Qué culpa tiene ?
Dieg. Con quatro mil reales viene.
Rod. Pluguiera à Dios. *ap.*
Dieg. Yo queria,
Don Juan, esta noche dar
à Beatriz alguna joya.
Rod. Aqui, señores, fue troya. *ap.*
Dieg. De cien escudos. *Rod.* Andar.
Dieg. Y tengola por muger
tan loca, y desvanecida,
que ha de quedarse corrida;
y asi, quisiera tener
algun modo de obligarla,
que galante, y cortés fuese,
con que yo darla pudiese,
sin que llegase à enojarla.
Rod. Qué hay que estudiar ese modo ?
lleva la joya, y si no
la tomáre, aqui estoy yo,
que salgo à pagarlo todo.
Dieg. Sabeis lo que he imaginado ?
pues nos solemos juntar
estas noches à jugar,
llevará aqueste criado,
que no conoce por mio,
una cadena, y jugando
conmigo, se irá dexando
perder. *Rod.* Sin gana me rio
destos embustes. *Dieg.* Y yo,
ganándola entonces, puedo
llegarla à ofrecer sin miedo.
Juan. Quien tan linda industria vió !
quien en el mundo pensára
tan buen modo ! asi será,
conmigo el criado irá,
que allá una vez, cosa es clara,
que sabrá disimular
no haberos visto, ni hablado.
Dieg. Mal conoceis el criado,
à mi me puede enseñar
à hacer un enredo. *Rod.* Ha sido
notable encarecimiento.
Dieg. Ahora, porque dar intento
estas cartas, que han venido
para Don Luis, id con Dios,
que à la noche nos verémos,
donde efectuar podrémos
lo tratado. *Juan.* A Dios.
Dieg. A Dios.

Vase Don Juan.

Rod. Yo no pienso que he venido
à la Corte celebrada,
sino à una selva encantada,
donde todo sueño ha sido;
tu letra de quatro mil ?
tu joya de cien escudos ?
mis labios dexaste mudos;
advirtiendo quan sutil,
ni te turbas, ni embarazas.
Dieg. Como mi padre me escribe,
desta manera se vive,
porque el pobre todo es trazas.
Esta cadena que ves, *Sacala.*
solo un doblon me costó,
y en él contraste sufrió
dos experiencias, ò tres;
de modo, que esta ha de ser
la que yo te he de ganar. *Dasela.*
Por esto quise estorbar
el darla, no por temer

que

que se disguste ; que así,
si llega à desengañarse,
de mi no podrá quejarse,
pues la ve ganar allí.
De modo, que en la ocasion
hago la galanteria,
no que sea à costa mia,
del dinero, ni opinion:
aquí vive Doña Clara.
Rod. Y es esta que à vernos viene? *Dieg.* Sí.
Salen Doña Clara, y Isabel.
Rod. Qué linda hacienda que tiene!
que no quiero decir, cara.
Dieg. Mi dicha fuera segura,
si como me pudo dar
el Cielo tiempo, y lugar
para adorar tu hermosura,
tu me dieras la ventura
para lograr tanto empleo,
tuviera, por mas trofeo,
tiempo mi altiva pasion,
lugar mi imaginacion,
y ventura mi deseo.
Clar. Quando agradecida quedo
à vuestro amor, podré dar,
Don Diego, tiempo, y lugar,
pero ventura no puedo:
esta sola no os concedo,
por faltarme à mi. *Dieg.* Procura
hacer mi dicha segura
vuestro argumento; pues ya
quien os mira, claro está,
que se tiene la ventura.
Clar. Esos favores sospecho,
que os sobraron del amor,
que os tiene ausente. *Dieg.* Es error
presumir tal de mi pecho.
Clar. Y por dexar satisfecho
vuestro afecto, aquí venis
à sentir lo que decis;
que los hombres con mas arte
sentis en sola una parte,
lo que en qualquiera decis.
Dieg. Bien convenceros pudiera
la razon: si es cosa clara,
que en ninguna parte hablára
el que en alguna quisiera;
cómo se satisfaciera
deseo de un gusto lleno,
con otro manjar ageno
del mismo que apetecia?
en tal caso no seria
qualquiera manjar veneno?
Clar. Luego no habeis dicho à dos
lo que me decis à mi,
en vuestra vida? *Dieg.* Eso sí:
mas entonces, vive Dios,
que estaba hablando con vos.
Clar. Sin conocerme, mirad
que decis mucho. *Dieg.* Escuchad,
vereis como pudo ser,
antes que os llegase à ver,
amaros la voluntad.
Si con discurso naciera
algun hombre, y en el Cielo
tachonado el azul velo
de rubias estrellas viera,
quando adorára, y quisiera
su luz, prestado arrebol
del luminoso farol,
no adorára en las estrellas
al Sol mismo? Sí, pues ellas
son claras sombras del Sol.
Yo con esta misma fe,
en amorosos ensayos
adoré al Sol en sus rayos,
hasta que el Sol adoré:
mil hermosuras amé,
pero en ninguna luz pura;
luego mi amor me asegura,
que os amaba entonces, pues
qualquiera hermosura es
sombra de vuestra hermosura.
Clar. Con sofistico argumento
quereis vencer mi opinion,
pues si à las luces, que son
del Sol un rasgo, un aliento,
que ilumina el Firmamento,
adorase el que ha nacido
capaz, ya hubiera querido
en muchas un resplandor,
que es lo mismo que un amor
en dos partes dividido.
Y quando hubiese adorado
al Sol mismo en las estrellas,
puesto que la noche en ellas
su luz ha depositado;
quien à mi me ha asegurado
ser el Sol resplandeciente,
que esas bellezas afrente?

pues

pues este mismo arrebol,
que estando presente es Sol,
será estrella estando ausente.
Mas decidme ahora, qué ha sido,
pues no fue la voluntad,
Don Diego, la novedad,
que à esta casa os ha traído?
no sin causa habeis venido.

Dieg. Y decis bien, la mayor,
pues amantes al rigor
del amor están sujetos,
y de todos sus efectos
es causa primera amor:
si bien la segunda ha sido
esta carta que advertis,
que para el señor Don Luis
hoy en mi pliego he tenido.

Clar. Pues mi padre no ha venido,
dexad la carta. *Dieg* Eso no,
que si ella ocasion me dió
para llegaros à ver,
en una quiero tener
muchas ocasiones yo.

Clar. Ocioso es ese cuidado,
pues tiene sombras la noche,
rejas mi casa, yo coche,
y hay calle Mayor, y Prado.

Dieg. Yo quedo bien avisado.

Clar. Sois forastero, y queria
avisaros la voz mia
de lo que debeis hacer.

Dieg. Ya sé que tengo de ser
Argos la noche, y el dia:
por la mañana estaré
en la Iglesia à que acudis;
por la tarde, si salis,
en la carrera os veré;
al anochecer iré
al Prado, al coche arrimado,
luego en la calle embozado:
ved si advierte bien mi amor
horas de calle Mayor,
calle, reja, coche, y Prado.

Vanse los dos.

Rod. Y digame uced, señora,
tiene, para oir mi queja,
calle Mayor, coche, ò reja,
para que sepa la hora
este amante que la adora?

Isab. Tan presto?

Rod. No es maravilla,
que si mi estrella me humilla,
tan antiguo mi amor es
como las Cabrillas, pues
mi estrella es siete Cabrilla.

Isab. Aunque advertirle pudiera,
al fin, como à forastero,
solamente decir quiero,
que hay tienda, y hay carbonera,
compro, limpio, y salgo fuera.

Rod. Yo quedo bien advertido,
y porque veas si ha sido
ruda la memoria mia,
Argos la noche, y el dia,
así estaré repartido:
por la mañana estaré
en la tal carboneria,
en la tienda à mediodia,
y luego à la tarde iré
al rastro, de allí vendré
ya anochecido al portal,
y à las once, pese à tal,
en la calle, si es que hay quien
à una muger quiera bien
el rato que huele mal. *Vanse.*

Sale Doña Beatriz, Inés, y Don Felix.

Fel. No fueron esas razones
las que en otro tiempo oí.

Beat. Qué quereis? mudanse así
tiempos, gustos, y ocasiones.

Fel. En desengaño forzoso,
ofendido, y despreciado,
no siento el ser desdichado,
siento haber sido dichoso.

Beat. Quando dicha hubiera sido
merecér algun favor,
yo tuviera por mejor
el haberle merecido.

Fel. Estaba un almendro ufano
de ver que su pompa era
alva de la Primavera,
y mañana del Verano;
y viendo su sombra vana,
que el viento en penachos mueve
hojas de purpura, y nieve,
aves de carmin, y grana,
tanto se desvaneció,
que Narciso de las flores,
empezó à decirse amores;
quando un lirio humilde vió,

à quien vano dixo así:
Flor, que mageſtad no quieres,
no te desmayas, y mueres
de envidia de verme à mi?
Sopló en esto el Austro fiero,
y desvaneció cruel
toda la pompa, que à él
le desvaneció primero:
vió que caduco, y helado
diluvios de hojas derrama,
seco tronco, inutil rama,
yerto cadaver del prado:
volvió al lirio, que guardaba
aquel verdor que tenia,
y contra la tirania
del tiempo se conservaba,
y dixole: Venturoso
tu, que en un estado estás
permaneciente, jamas
envidiado, ni envidioso:
tu vivir solo es vivir,
no llegues à florecer,
porque tener que perder,
solo es tener que sentir.

Beat. Aplicado el cuento, yo
prosigo con otro tal,
oíd lo que à una caudal
Aguila le sucedió:
Esta que con muestras graves
es, sin fatigado aliento,
en los imperios del viento
reyna de todas las aves,
quiso que la esfera octava
hija del Sol la presuma,
y siendo baxel de pluma,
hondas de fuego sulcaba:
llegó à la region dorada,
y con sedientos desmayos,
anhelando por los rayos
del Sol, medio desmayada
se volvió à la tierra, y vió,
que ninguna ave podia
seguir el vuelo que habia
intentado, y dixo: Yo
sola penetré la esfera
de diamantes guarnecida,
que muriendo de atrevida,
no moriré quando muera;
pues quando rayo deshecho,
y cometa desafido,
Fenix del Sol, baxe herido
de rayos de luz mi pecho,
el despeñarme, el morir,
el abrasarme, el caer,
todos no podrán hacer
que ahora dexe de subir:
pues este aliento atrevido,
que hasta al Sol pudo llegar,
el caer no ha de quitar
la gloria de haber subido:
en el ave, y en la flor,
ved lo que à los dos nos pasa.

Fel. Ya yo sé que vuestra casa
es Academia de amor,
donde todo es argumentos,
todo gusto, y opiniones;
pero no admiten questiones
mis penas, y mis tormentos:
sé que quiero, sé que adoro,
sé que mi desdicha fué:
esto solamente sé,
todo lo demas ignoro.

Al irse, sale Leonelo, y detienele.

Beat. Esto está bien à los dos.

Leon. Como à vuestro centro, vengo
buscandoos aquí, que tengo,
Don Felix, que hablar con vos.

Fel. Engañado pensamiento
os traxo desa manera,
porque si mi centro fuera,
no estuviera en él violento.

Leon. Cómo? *Fel.* Ya no es centro mio.

Leon. Y vos qué decís à esto?

Beat. Que en este estado me ha puesto
un forzoso desvario,
que algun dia le diré:
ruegole que no entre aquí,
sin que se queje de mi,
que por otro le dexé.

Leon. Tales fueran mis desvelos,
estuviera despreciado,
aborrecido, olvidado,
como no tuviera zelos.
Ya sabeis con quanto gusto,
siempre constante mi amor,
sufrió de Clara el rigor,
el desprecio, y el disgusto:
pues ahora una criada
(porque es el oro en efecto
maestra llave de un secreto)

me

me dixo, que de Granada
un Don Diego Oforio vino
à fu padre encomendado,
tan galan, y enamorado,
que à nueftros pechos previno
à ella agrado, à mi defvelos;
à ella gufto, à mi rigor;
à ella finalmente amor,
à mi finalmente zelos:
quiero que vamos los dos
donde efte galan bufquemos.
Fel. Pues fi no le conocemos?
Beat. Lo que podré hacer por vos,
ferá ver à Doña Clara,
y faber, Leonelo, della
quien es efte foraftero,
que tanto cuidado os cuefta,
y aun hablarla en vueftro amor.
Leon. Fuera darme vida, fuera
comprar un efclavo en mi;
hazme tanto bien, y fella
mi roftro, Beatriz hermofa.
Beat. Leonelo, no me agradezcas
efto, que no hago por ti
tan curiofa diligencia,
fino por mi, que efte dicen
que es oficio de difcretas:
mañana lo fabré todo,
que mugeres quando llegan
à hablar à folas, fe dicen
quanto imaginan, y pienfan.
Fel. Y yo hablaré à Doña Clara
mañana, para que venga
otro dia à vifitaros,
y con la mifma cautela,
por quien me dexais à mi,
y quien os agrada fepa:
fi ya es cierto que en la Corte,
à titulo de difcretas,
fon terceras las hermofas;
porque como en la experiencia
diamante labra el diamante,
rinde belleza à belleza.
Sale Don Juan.
Juan. La fama, que à vueftra cafa
llama amorofa Academia,
difculpa el atrevimiento
de no aguardar mas licencia.
Beat. Vos fabeis, feñor Don Juan,
que podeis entrar en ella
à mandarme con los mifmos
privilegios, que en la vueftra.
Hablan à parte Leonelo, y Don Felix.
Fel. Leonelo, fi es que los zelos
fon linces, y que penetran
lo mas fecreto, he de ver
con la vifta, y alma atentas,
fi hay novedad en Beatriz,
exâminando hoy en ella
el femblante, y las acciones,
que hace à todos los que entran.
Leon. Por lo menos en Don Juan
no ha dado ninguna mueftra.
Fel. No, que ni en él ví temor,
ni hallé novedad en ella.
Juan. Permitid, que un foraftero,
que fe ha quedado allá fuera,
entre à befaros la mano. *Vaſe.*
Beat. Pues quien negarle pudiera
al foraftero, y amigo
vueftro tan cortés licencia?
Efte es Don Dionis, Inés. *ap.*
Inés. Sin duda, que no te pefa *ap.*
de verle; digo, y aun pienfo.
Beat. Si es el que el alma defea, *ap.*
fi es el que la vida eftima,
qué bien dices! qué bien pienfas!
Fel. Al hablar del foraftero, *ap.*
no miras, no confideras
mas alegre fu femblante?
Salen Don Juan, y Rodrigo, que trae pueſta la cadena, y al verle Beatriz finge que lo ſiente.
Rod. Pues me permites que pueda
befar tus manos, feñora,
tan difcreta como bella,
permite que pueda el alma
folo adorarte fufpenfa,
porque en tu alabanza es
torpe inftrumento la lengua;
ò alabate tu à ti mifma,
pues quiere el Dios de las ciencias,
que fiendo la quarta Gracia,
la decima Mufa feas.
Beat. Tan prevenida, feñor,
ha fido la entrada vueftra,
que habré menefter lugar
para eftudiar la refpuefta.
Leon. Qué fientes del foraftero?
Fel. Que es lo que quieres que fienta,
fi

si al principio su semblante
estuvo alegre, y ya muestra
que le ha pesado de verle?
donde hay mudanzas opuestas
hay secreto, y no son vanas
su alegria, y su tristeza.

Beat. Llega unas sillas, Inés.

Fel. Quando merecer no pueda
favores, podré estorbarlos;
aquí, Leonelo, te sienta.

Sientanse, y sale Don Diego.

Dieg. No llega à mala ocasion
un forastero, que llega
al repartir los lugares,
si es que hay alguno que sea
asiento de un ignorante
en esta divina escuela,
en cuya esfera cifradas
se miran las once esferas.

Beat. Disimular me conviene, *ap.*
porque Don Felix no vea
en mis ojos la alegria,
que me causa su presencia:
llega al señor Don Dionis
una silla.

Rod. Aquí está esta.

Dieg. Vos, señor, estais muy bien,
pues quando yo la tuviera,
fuera dichoso en que vos
os sirvierades con ella. *Sientase.*

Fel. Solo con el forastero *ap.*
de la cruzada cadena
hizo novedad Beatriz,
sin duda por él me dexa.

Juan. Qué bien ha disimulado *ap.*
vuestro criado!

Beat. Si es fuerza
que amor de qualquier discurso
principal asunto sea,
al que à una pregunta mia
me diere mejor respuesta,
daré esta flor.

Dieg. Ya envidiosos,
todos la pregunta esperan.

Beat. Qual es mayor pena amando?

Leon. Yo que padezco esa pena,
llevo gran ventaja à todos;
pues es forzoso que sea
mayor mal amar con zelos.

Fel. El que tiene un dolor, piensa
que ninguno à aquél iguala,
y solo de aquél se queja:
yo dixera de mi mal,
quando no le padeciera,
esto mismo, que el mayor
es amar contra su estrella,
siendo un hombre aborrecido.

Dieg. Yo digo, que es mayor pena
el amar sin esperanza.

Beat. Pues un argumento sea
el que pruebe la verdad.

Leon. Oye, que el zeloso empieza:
Si yo fuera aborrecido
con tanta desconfianza,
que no tuviera esperanza
de ser jamas admitido,
consuelo hubiera tenido
en ver que la pena mia
tan alta gloria perdia,
porque al Cielo se atrevió;
y al fin, perdiendola yo,
ninguno la merecia.
Mas si esta misma que allí
à mi amor halla imposible,
fuese para otro apacible,
siendo ingrata para mi:
si el bien que no merecí,
viese que otro mereció,
di, qué pena se igualó,
Beatriz, à esta pena amando,
que ver que otro esté gozando
lo que estoy queriendo yo?

Fel. Bien puede un zeloso estar
sin esperanzas de ser
admitido, con tener
Dama, que se dexe amar;
mas quien se llega à mirar
aborrecido, no puede,
que aun amar no le concede:
luego ofender mi porfia
con lo que obligar podia,
la mayor desdicha excede.
Tenga amor mi Dama bella,
no tenga esperanza yo,
y no me aborrezca, no,
pues me basta à mi el querella:
mas contra mi propia estrella
porfiar, es desconsuelo
el mas tirano del suelo;
que el zeloso ha menester

vencer sola à una muger,
y el aborrecido al Cielo.

Dieg. Ni zelos, ni olvido temo,
si constante llego à amar,
porque es facil de pasar
la muger de estremo à estremo:
mayor pena, mas supremo
es mi llanto, es mi dolor,
pues padece mi temor
eterna desconfianza;
luego amar sin esperanza
es el Infierno de amor.
El que zeloso vivió,
el que vivió aborrecido,
con esperanza han sufrido
el mal que el amor causó:
al desesperado no,
pues aun rigores no espera;
si zelos darme pudiera
mi Dama, ya la costára
cuidado, ya se acordára
de mi, si me aborreciera.
Y como es uso pasar
la condicion de muger
desde amar à aborrecer;
tambien se suele trocar
desde aborrecer à amar:
con esta esperanza asido,
contento hubiera vivido;
luego mi mal es mas fiero,
pues verme jamas espero
zeloso, ni aborrecido.

Beat. Dudosamente podré
decir quien merezca aquí
la flor.

Rod. Escuchame à mi,
señora, y te sacaré
desa duda, porque sé
que la flor ha de ser mia,
probandote en este dia
con un argumento tal,
que padece mayor mal
quien ama pobre, y porfia.
Quien al pobre no aborrece?
quien al pobre no da zelos?
quien al pobre en sus desvelos
alguna esperanza ofrece?
luego solo este padece
de todos el mal penoso,
porque siempre temeroso,
favor, ni desden alcanza,
y quiere sin esperanza
aborrecido, y zeloso.
Y porque no la razon,
sino tambien la experiencia
me den la flor por sentencia,
que no tenga apelacion:
vengan los naypes, que son
Jueces, y jugando todos,
verás que en tan varios modos
tiene, quando argumentáre,
mas razon quien se quedáre
con el dinero de todos.

Llegan un bufete, en que habrá naypes, juegan Don Diego, y Rodrigo, y venlos jugar Leonelo, y Don Juan, y Don Felix se queda hablando con Beatriz.

Inés. Ya están los naypes allí.

Dieg. Yo jugára, si tuviera
cobrada una letra que hoy
acepté. *Rod.* Venga la letra,
que como vos la aboneis,
tambien jugaré sobre ella,
como vos querais, señor,
jugar sobre esta cadena
cien escudos, que mañana
se han de pagar.

Dieg. Norabuena. *Juegan.*

Fel. Qué mal han disimulado
tus ojos, Beatriz! pues lenguas
del alma me han dicho ya
tu sentimiento, y mis quejas.
Apenas el forastero
entró en la sala, y apenas
le viste, quando mudaste
el semblante hermoso, y muerta
la color trocaste entonces
claveles por azucenas.

Rod. Plegue al Cielo, que en mi vida
gane una vez.

Beat. Bien pudiera
satisfacerte, mas quiero
callar, Felix, porque entiendas
que no es tiempo de que yo
satisfacciones te deba.

Dieg. Diez pintas gano.

Rod. Demonios,
vuestros rigores, qué esperan,
de mi paciencia ofendidos?

Inés. Por cierto, linda encomienda.
Fel. Pues pudieras tu negar
tan costosas experiencias,
si el rostro es relox adonde
el corazon hace muestra?
Rod. Qué no haya yo de ganar
una suerte, y que me vengan
la que es derecha trocada,
y la trocada derecha!
Fel. Desprecios, Beatriz, se sufren
en voluntades que empiezan;
pero en las que acaban, pasa
de ser desprecios, y llegan
à agravios: vamos, Leonelo,
porque no quiero que tenga
ocasion Beatriz de ser
descortés conmigo, y necia,
porque son muy insufribles
necedades de discretas.
Leon. No vereis à Doña Clara?
Beat. Mañana os tendré respuesta.
Leon. Quien solicitó jamas
con todo el Sol una Estrella,
sino yo?
Vanse Don Felix, y Leonelo.
Rod. No juego mas;
usted guardada me tenga
la cadena, que mañana
tengo de enviar por ella.
Dieg. Aquí la hallaréis mañana.
Rod. Qué un hombre Christiano pierda
diez pintas! qué dexa el naype
para un Moro? No hay paciencia.
Vase Rodrigo como tropezando.
Dieg. El se ha quebrado al salir
las narices en la puerta,
y para emendarlo ahora
ha rodado la escalera.
Beat. Saca una luz.
Inés. Eso no,
que ha perdido; si él hubiera
ganado, yo le alumbrára,
y llegára hasta la puerta
de la calle muy humilde,
haciendole reverencias;
pero hombre que ha perdido,
ruede, y quiebrese una pierna.
Dieg. Esta cadena he ganado,
cien escudos en que queda,
& dexo librados, señora,
para los naypes, y velas:
perdonad mi atrevimiento,
que vive Dios, que quisiera
que fueran diamantes quantos
eslabones hay en ella
para serviros, aunque
presuncion fuera muy necia
llevar diamantes al Sol,
siendo el Sol quien los engendra:
esto es barato, y asi
disculpa tengo, y licencia
para tal descortesia.
Beat. No es fino merced aquesta,
pues quando no fuera tal,
por su estimacion la prenda,
por ser vuestra la estimára,
y la tomo por ser vuestra.
Dieg. El Cielo os guarde, qué bien
que sucedió!
Juan. De manera,
que yo he querido creerlo:
qué bien engañada queda!
Vanse Don Diego, y Don Juan.
Beat. Has visto, Inés, en tu vida
mas cortesana fineza?
Inés. Aguardate, iré à alumbrarles,
que tiempo despues nos queda
para que le alabes. *Vase.*
Beat. Quanto
se estima, agradece, y precia
la cortesia! Mas es
el modo, que la cadena. *Vase.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Beatriz, y Inés con manto, y Clara, y Isabel sin ellos.

Clar. Posible es que llegó el dia
en que tan dichosa fuese,
ò Beatriz, que mereciese
esta humilde casa mia
tanto honor? vuelveme à dar
los brazos. *Beat.* Y el alma en ellos:
lazos, que de nuestros cuellos
la muerte podrá cortar;
pero dividirlos no.
Clar. De mi te ofrezco otro tanto:
Isabel, quitala el manto
à Beatriz.
Beat. No vengo yo

con tanto eſpacio, y ſoſiego.
Clar. Ya querrás irte tambien,
propia condicion del bien,
llegar tarde, y faltar luego:
quieres venir al eſtrado?
Beat. No, bien eſtamos aſi.
Clar. Sientate el rato que aquí
has de eſtar, y derribado
el manto puedes tener,
porque me afliges tapada:
à fe que eſtás bien tocada,
pudieraſme agradecer
el haberte deſcubierto.
Beat. Es liſonja, ò burla? *Clar.* No,
ſolo tengo envidia yo,
quando tu hermoſura advierto.
Beat. Si tuvieras que envidiar,
no me alabáras, amiga:
buena eſtás, Dios te bendiga.
Clar. Mira como puede eſtar
quien tantas penas recibe,
que no tiene guſto en nada,
y ſiempre deſazonada,
y melancolica vive;
quien de sí miſma enemiga,
à sí miſma ſe aborrece;
quien una pena padece,
incapaz de que ſe diga;
quien con eternos enojos
ha de zelar ſus agravios
del aliento de los labios,
y las lenguas de los ojos.
Beat. Mal, que es fuerza que ſe calle,
y que te trae diſguſtada,
de tus ojos deſcuidada,
y enemiga de tu talle;
mal, que à entriſtecer te obliga,
y te obliga à enmudecer,
cuyo efecto puede hacer,
que ſe ſienta, y no ſe diga;
mal, que es mi propio dolor,
pues repite ſatisfecho
ſus efectos en mi pecho,
ſin duda, Clara, es amor.
Clar. Bien tu diſcurſo ſacó
por las centellas el fuego:
amor tengo, no lo niego.
Beat. Y ha ſido à Leonelo? *Clar.* No.
Beat. Mi alegria fuera mucha
(ſi yo tenerla pudiera),
ſi tus paſiones oyera.
Clar. Porque hagas lo miſmo, eſcucha.

Los afectos humanos, Beatriz bella,
tal vez arrebató fuerza divina,
porque viven atentos à una eſtrella,
que ſuperior iluſtra, y predomina:
y aunque es verdad que no ſe vencen della,
con tal poder, ya que no fuerza, inclina,
que pierden libertad, diſcurſo, y brio
el alma, la razon, y el alvedrio.

No es amor eleccion, pues ſi lo fuera,
nadie en el mundo aborrecido amára;
no es voluntad, que nadie la rindiera
donde con voluntad no ſe pagára;
no es razon, pues con ella ſe rigiera;
no es guſto, pues ſin él no ſe entregára;
qué ſerá donde falta (Cielo injuſto!)
eleccion, voluntad, razon, y guſto?

Qué ſerá, pues, violencia ſemejante,
ſino fuerza, rigor, y tirania
de amor? pues la que vió firme, y conſtante
Leonelo tanto tiempo à ſu porfia,
en un punto veloz, en un inſtante
breve, que ſon los atomos del dia,
ſe rindió facil, ſe poſtró liviana
de un foraſtero à la liſonja vana.

Un foraſtero, amiga, un foraſtero,
que de Granada encomendado vino
à mi padre, es la cauſa porque muero,
eſte à mi pecho tal dolor previno,
eſte à mi vida tal veneno fiero,
eſte al alma tal pena, que imagino,
que à ſolo ver mi vanidad burlada,
vino Don Diego Oſorio de Granada.

No has viſto hermoſa fuente, que riſueña,
por piedades del Sol, ò por rigores,
inſtrumento de plata, ſe deſpeña,
con quien cantan las aves ſus amores?
ſepultarſe en la falda de la peña,
donde eſtaban ſedientas quantas flores
llamadas de ſu muſica venian,
y por ſer ſus aljofares bebian?

Y eſta fuente, que allí dexó burlada
la beldad de las flores peregrina,
por venas de la tierra dilatada,
ſiendo de plata ya liquida mina,
nacer ſegunda vez, tan deſdichada,
que entre ruſticos céſpedes camina,
ſin que à ſu inutil nacimiento deba,
que noble flor de ſus criſtales beba?

Aſi el amor, que en mi ſe deſpeñaba,
llegar al valle ameno reſiſtia,
donde tanta fineza me eſperaba,
y donde tanto amor me merecia:
y el miſmo que ſoberbia me miraba,
quiſo, por caſtigar la ofenſa mia,
que huyendo agrados, y burlando amores,
lograſe penas, zelos, y rigores.

No porque eſte gallardo foraſtero
mi amor no eſtime, y mi eſperanza aliente,
pues ſiempre es à mi guſto liſonjero;
mas qual hombre no finge, engaña, y miente?
ſino porque otro amor, que fue primero,
aquí le traxo, temo que ſe auſente:
eſtos ſon mis temores, mis recelos,
que no hay bien ſin amor, ni amor ſin zelos.

Beat. Qué parecidas que ſon
nueſtras penas, Clara bella?
un miſmo amor, una eſtrella
rige nueſtra inclinacion.
Penſarás que mi aficion
es à Don Felix, à quien
debo finezas tambien;
mas como ninguna amó
ſiendo amada, tambien yo
quiero à un foraſtero bien.

En tu fuente à mirar llego
de amor una cifra breve,
pero como tu à la nieve,
quiero yo aplicarla al fuego:
el rayo abraſado, y ciego,
que es un humedo vapor
de la tierra, que al ardor
del Sol ſe iluſtra, y acendra,
en la parte que ſe engendra
executa ſu rigor.

Que

Que como el viento recibe
seca exhâlacion que sube,
adonde preñada nube
humo palido concibe:
errando, facil describe
las esferas, hasta que
herida del Sol se ve,
y en trueno, y rayo veloz
da aquí el golpe, allí la voz,
que aviso, y castigo fué.
Asi el forastero ha sido
rayo en su esfera engendrado,
pero della desatado,
en agena parte ha herido:
desde Flandes ha venido
este à turbar mi sosiego:
no sé como el Amor ciego
puede con violencia suma,
siendo nieto de la espuma,
hijo del Norte, ser fuego.
Una apacible mañana
del Mayo, quando la Aurora
con prestados rayos dora
nubes de purpura, y grana:
tan hermosa, tan ufana,
que decia lisonjera:
Quien coronarte pudiera,
Mayo, de flores, y mieses,
por Rey de los doce meses,
por Dios de la Primavera?
Salí al Prado, desde él fuí
por la calle, donde en lazos
de los olmos darse abrazos
copas, y raíces ví,
à quien triste dixe asi:
No os bastaba, alamos bellos,
enmarañar los cabellos,
por la tierra fugitivos,
sino que tambien lascivos
querais enlazar los cuellos?
Pero me respondereis,
con verdad desvanecidos,
que como en Corte nacidos,
cortesano amor teneis:
y asi, ocultar no quereis
vuestro contento suave,
porque ya el amor mas grave,
y ya el favor mas felice,
no es amor, sino se dice;
no es favor, sino se sabe.
Con esta imaginacion
llegué à sentarme, cansada;
quando por verme tapada,
gozando de la ocasion,
llegó con ayrosa accion,
y con galan desenfado,
el mas bizarro Soldado,
que ví jamas, te prometo,
y despues el mas discreto,
que en toda mi vida he hablado.
Desde entonces, no le ví
mucho tiempo, pero no
por eso se sosegó
aquel fuego que sentí:
en mi casa permití
visitas, conversacion,
juego, y musicas, que son
lazos de amor, cada dia,
por solo ver si podia
verle con esta ocasion.
Cumplióme amor mi deseo
pues una noche llevado
de un amigo, ò mi cuidado,
dentro de casa le veo:
miro el bien, y no lo creo,
por serlo; y sucede así,
que constante desde allí
me sirve, enamora, y ama,
Don Dionis Vela se llama:
esto sé de él, y de mi.
Isab. A hablarte Don Diego viene.
Clar. Mucho me huelgo que estés
aquí, para que le veas,
porque me digas despues
si tengo buen gusto yo,
si le he encarecido bien.
Beat. Es aquél que viene allí?
Sale Don Diego, quedandose al paño.
Clar. Sí, Beatriz, el mismo es.
Beat. Valgame el Cielo, qué veo!
Clar. Qué te parece? *Beat.* Muy bien
me ha parecido: y muy mal *ap.*
pudiera decir: Inés,
no es Don Dionis? *Inés.* Sí señora.
quien puede negar que es él?
Beat. Qué he de hacer? *Inés.* Disimular.
Dieg. Qué es esto que llego à ver,
Cielos! Clara, y Beatriz son *ap.*
las dos: amor, de una vez,
quanto adquirimos de muchas,
he-

hemos echado à perder.
Mirando al Sol, Clara hermofa,
quien no fe ha turbado? quien,
viendo à un mifmo tiempo dos,
no ha de fufpenderfe, pues
efta fala, esfera breve
de uno, y otro rofici:er,
con divina imitacion,
Cielo de hermofura es?
Clar. La lifonja os agradezco,
no por mi, pues quando veis
à Doña Beatriz, qualquiera
lifonja la viene bien.
Dieg. Quien es efta mi feñora?
que yo, por no conocer
à fu merced, culpa en fin
de foraftero, no osé
ofrecerme à fu fervicio:
es deuda vueftra, ò es
amiga? *Inés.* No oyes aquello?
quien eres pregunta. *Dieg.* Aunque
para que conozca en mi
un criado fu merced,
no es menefter faber mas
que mirarla. *Clar.* Beatriz es
la amiga que yo mas quiero,
feñor Don Diego, y con quien::
Inés. Don Diego le llamó. *Clar.* Amor
confulta fu parecer:
en efte punto las dos
en vos hablabamos. *Beat.* Bien
os lo puede afegurar
fu pecho conftante, y fiel;
porque es muy cierto, que en vos
las dos hablabamos, pues
ella hablaba en vos conmigo,
y yo con ella tambien:
de que no me conozcais,
queja pudiera tener,
pues viviendo yo en el pecho
de Clara, y eftando en él,
vos pudierais por fineza
haberme vifto tal vez.
Yo à lo menos, no llegára
à confefarlo, porque
quiero, que Clara me deba
folo el decir que eftimé
tanto el dueño de fu gufto,
que le conocí por fe,
porque yo os conozco, ya
que vos no me conoceis.
Dieg. Yo conozco mi ignorancia,
y aunque pudiera tener
difculpa, quiero rendirme,
agradecido, y cortés.
Inés. Señora, qué dices defto?
Clar. Qué te parece? no es
galan, y difcreto? di,
no te parece muy bien?
Beat. Digo que me ha parecido
tan bien, Clara hermofa, que
ha de pefarte algun dia, *ap.*
que me parezca tan bien.
Inés Mal difimulas. *Beat.* No puedo
fufrir mas zelos, Inés;
eftoy por dar voces.
Beatriz le hace feñas por detras, y él hace como que no la entiende.
Inés. Mira
como difimula él,
y aprende tu. *Beat.* Si él engaña,
y yo fiento, no podré
igualarle, que me lleva
mucha ventaja: ha cruel!
Clar. Al fin, yo tengo buen gufto?
alabamele otra vez.
Inés Parece que la tal Clara *ap.*
nos eftá dando cordel.
Clar. Qué tienes, que difguftada
parece que eftás? *Beat.* No sé
que es lo que me ha dado: traeme
un barro de agua, Ifabel.
Por defmentir una pena, *ap.*
otra pena fingiré:
agua pido, y es en vano,
porque es de fuego mi fed.
Clar. Vé tu por el agua, y yo
unos dulces facaré:
dame licencia à que fea
hoy contigo defcortés.
Beat. No vayas, no por tu vida,
conmigo efcufado fué
el cumplimiento. *Clar.* Pues efte,
quien te ha dicho que lo es?
es cumplimiento dexarte
con la vifita? aunque bien
el dexarte acompañada
pudieras agradecer. *Vafe.*
Beat. Y es verdad, pues que me ha dado
ocafion, ingrato, en que

pue-

pueda hablar, pueda quejarme;
porque el silencio cruel,
hecho ponzoña en el alma,
mil veces quiso romper
la carcel, y reprimido,
hizo con mayor poder
un cuchillo al corazon,
y à la garganta un cordel.
Disimulando Don Diego.
Dieg. Vos con tanto sentimiento
conmigo? cómo, ò por qué?
quien dió causa à tanta pena?
à tanta desdicha quien?
Beat. Esta es, ingrato amante,
vil caballero, esta es
la prometida firmeza
de lealtad, amor, y fe?
Si sois de Granada, cómo
sois de Flandes? y si os veis
ausente por una Dama,
cómo decis que teneis
pretensiones? si os llamais
Don Diego, cómo os haceis
Don Dionis? es gran vitoria
engañar à una muger?
Dieg. Viven los Cielos, señora,
que no os entiendo, ni sé
que decis, pues jurar puedo
no haberos visto otra vez.
Beat. Vos lo que oyen los oídos,
vos lo que los ojos ven
quereis negar? vos no sois
quien liberal, y cortés
me dió anoche esta cadena?
Dieg. No señora. *Beat.* No?
Dieg. Por qué
lo negára, si el serviros
fuera mayor interés?
Bueno fuera negar yo
dadivas, quando uso es,
no solo negar aquello
que se da, pero tambien
con vanidad, y arrogancia
decirlo, sin que se dé:
advertid, que en una estampa
suele duplicar, y hacer
dos formas Naturaleza
con repe ido pincel.
Beat. Luego intentais todavia
desconoceros? *Dieg.* No sé
que responderos. *Beat.* No sois
Don Dionis Vela? *Dieg.* Por qué
negára mi nombre? *Beat.* Quando
venisteis? *Dieg.* Aun no habrá un mes.
Beat. Donde vivis? *Dieg.* En la calle
del Principe. *Beat* En qué entendeis?
Dieg. En ver la Corte. *Beat.* Y el nombre?
Dieg. Ya no os han dicho que es
Don Diego Osorio?
Beat. Qué amigos
hoy en la Corte teneis?
Dieg. Muchos. *Beat.* Y Don Juan de Torres
no lo es vuestro? *Dieg.* No escuché
aquese nombre en mi vida.
Beat. Visitais una muger
junto à las Descalzas? *Dieg.* No.
Beat. Mentis, mentis, que sí haceis.
Dieg. Por mas preguntas que ha hecho
no me ha podido coger. *ap.*
Sale Doña Clara, y Isabel con agua, y dulces.
Clar. Aquí está el agua, y el dulce:
mas qué es esto? *Dieg.* No lo sé:
Beatriz, que me lo pregunta,
podrá decir lo que es. *Vase.*
Beat. Qué es esto, Beatriz, pues tanto
pudo el accidente ser,
que te obliga à que des voces?
Beat. Es una rabia cruel.
Clar. Bebe el agua que pediste,
quizá así podrás vencer
esa pena que te aflige.
Beat. Yo sé bien que no podré,
aunque mas beba: à Dios, Clara.
Clar. Desa suerte has de ir à pie?
aguarda, pondrán el coche.
Beat. No puedo, vamos, Inés.
Clar. Pesame, que de mi casa
vuelvas enferma, una vez
que al cabo de tantos dias
vienes à hacerme merced,
sin querer decir que sientes,
ni que tienes. *Beat.* Mal podré
decirtelo, Clara, à ti,
si yo misma no lo sé. *Vase.*
Salen por una puerta Don Juan, y Rodrigo, y por otra Don Diego.
Juan. Donde estará Don Dionis?
Dieg. Mucho estimo, vive Dios,
hallar juntos à los dos.

Juan.

Juan. De qué turbado venis?
Dieg. Hame, Don Juan, sucedido
el suceso mas estraño,
que vió el mayor desengaño.
Rod. Cuentanos, pues, lo que ha sido.
Dieg. Entré à ver à Doña Clara,
y estaba, Don Juan, con ella
de visita Beatriz bella:
quando mi vista repara
en las dos, ciego quedé,
turbado me suspendí.
Juan. Y al fin, qué hicisteis? *Dieg.* Allí
tan de improviso no hallé
otro camino, otro modo
de emendar la culpa mia,
que hacer que no conocia
à Beatriz, negando en todo
no haberla hablado, ni haberla
visto otra vez en mi vida;
pero airada, y ofendida,
no pude satisfacerla,
aunque allí ella misma vió
que Don Diego me llamaban
todos, y que la contaban
que era de Granada yo:
en fin, si vos acudis
à acreditar este enredo,
hacer los papeles puedo
de Don Diego, y Don Dionis;
porque asegurando vos
lo mismo, decir no temo
que es otro, y que con estremo
nos parecemos los dos.
Juan. Y es tan necia, que creerá
Beatriz ese engaño? *Dieg.* Sí,
que yo parecidos ví
muchos hombres; y no está
la dificultad en ser
Beatriz necia, ò entendida,
que al fin la mas presumida
tiene ingenio de muger.
Yo conocí dos hermanos,
que nadie determinaba
con qual de los dos hablaba.
Rod. Es verdad, los Valencianos.
Juan. Yo por mi parte me obligo
à disimular muy bien.
Dieg. Y tu has de ayudar tambien;
desde hoy no has de andar conmigo,
porque siendo conocidos
los dos por amo, y criado,
fuera descuido estremado
el ser los dos parecidos.
Rod. Dices bien, y yo podré
con mayor fuerza ayudar
este engaño, pues entrar
puedo en su casa, y haré
con retoricas, que crea
(tanta eficacia en mi ves)
hoy un necio que lo es,
y una fea como es fea,
una vieja con amor,
que es vieja la haré creer:
que es lo mas que puede hacer
un retorico hablador.
Dieg. Pues dexadme à mi llegar
primero, y mientras los dos
reñimos, llegaréis vos.
Juan. No me teneis que avisar. *Vase.*
Rod. Qué de maquinas enlazas!
Dieg. Esto entre dos Damas es
lograr amor, è interes,
porque el pobre todo es trazas.
Rod. Sí, pero trazas de pobre
no sé que efectos tendrán,
pues por ser suyas, serán
infelices. *Dieg.* Quando obre
esta pension la fortuna,
y una pierda, otra me queda;
pues no es posible que pueda
de las dos faltarme una.
Rod. Por eso debe tener
qualquiera amante discreto
una Dama de respeto,
por lo que ha de suceder:
pero voyme, porque vienen,
no hallen juntos à los dos. *Vase.*
Salen Beatriz, y Inés con mantos, y Don Felix, y Leonelo.
Dieg. Y los que vienen con ellas,
Felix, y Leonelo son:
de zelos maté, y de zelos
muero: vengativo Amor,
sé Dios, ò no seas tirano,
sé tirano, ò no seas Dios.
Leon. Al paso, Beatriz hermosa,
esperando à oir estoy
la sentencia de mi muerte;
qué has sabido? *Beat.* Tal estoy,
que no acertaré à decir

lo que he sabido. *Leon.* A tu voz
atenta el alma, resiste
una, y otra confusion.
Fel. Inés, yo tengo que hablarte. *ap.*
Inés. Despues tendrás ocasion.
Beat. No has de quejarte de mi,
si desengaños te doy,
porque si esos tengo, darte
no puedo otra cosa yo.
Can soy con rabia, que muerde,
y comunica el dolor
por la herida, y asi ahora
te pagaré mi pasion,
basilisco por la vista,
y sirena por la voz.
Clara vive enamorada,
quien te lo dixo, contó
la verdad: Don Diego Osorio
ha merecido el favor,
que te negó, siente tu,
y tendré consuelo yo,
compañera en tus desdichas,
si es que las lisonjas son
una pena de otra pena,
y un dolor de otro dolor.
Fel. Segun eso, vos venis
zelosa tambien? *Beat.* No os doy
desengaños, que llamais
agravios; pero si vos
me arguis la consequencia,
no quiero negarla yo.
Fel. Ni yo la quiero creer,
que fuera imposible error
pensar que en el mundo hubiese
quien diese zelos al Sol:
y no dudando si puede
eso ser verdad, ò no,
lo sentiré, por haceros
aquesa lisonja à vos.
Leon. Vive Dios, que he de buscar
à este Granadino yo:
el Cielo, Beatriz, os guarde;
ay Don Felix! muerto voy. *Vase.*
Dieg. Ahora podré llegar
à hablar, empezando yo
à quejarme, que esta es
la estratagema mayor:
pues si yo empiezo primero,
no le dexaré razon
con que ella pueda quejarse;
ayude mi industria amor.
Quien tan bien acompañada
hasta su casa llegó,
no pensará que he tardado;
pero quien aquí esperó
toda la tarde, adorando
los hierros de ese balcon,
no podrá pensar que ha sido
menos que un siglo. *Beat.* Mejor
es esto: Inés, este hombre
pretende quitarme hoy
la luz al entendimiento,
ò al discurso la razon.
Qué decis por Dios, Don Diego,
Don Dionis, ò lo que sois?
Si quereis volverme loca,
confieso que ya lo estoy.
Dexadme, señor, dexadme,
ved que muchas pruebas son,
apurando un sufrimiento.
Dieg. Pues en qué os ofendo yo?
Si mi pensamiento altivo
merece vuestro rigor,
castigadme con desprecios,
pero con engaños no.
En qué os enoja un deseo?
en qué os agravia un amor,
que solo aspira à serviros?
Si mudanzas, Beatriz, son,
que en vuestro pecho ha causado
la breve conversacion
de Don Felix, bien haceis.
Inés. Quejarse él es lo mejor.
Beat. Pues si en este mismo instante
vengo de escuchar de vos,
que à mi no me conoceis;
si vengo de oir que sois
Don Diego, y no Don Dionis,
no quereis que sienta, no,
tantos engaños, y enredos?
Dieg. No os entiendo, vive Dios:
yo os he visto, yo os he hablado
en alguna parte hoy?
enigmas son que no entiendo:
Vos habeis dicho que yo
quiero quitaros el juicio;
y asi con este temor,
ganandome por la mano,
quereis quitarmele vos.
Inés. No pensará quien le oyere,
que

que él solo tiene razon?
Beat. Qué es lo que dices? *Inés.* Señora,
que tan admirada estoy
de escuchar con quantas veras
haberte visto negó,
que me da à entender, que aquí
hay alguna confusion,
ò por lo menos, secreto
que no entendemos las dos,
que nadie negar pudiera
aquí, y allí la razon
con tantas veras.

Sale Don Juan alborotado.

Juan. Jesus,
aquí estais? *Dieg.* Qué admiracion
es esta? *Juan.* Hame sucedido
una cosa, que por Dios,
que ahora la estoy dudando.
Beat. Qué ha sido?
Juan. Palabra os doy,
que en mi vida me he admirado,
de quanto he visto, hasta hoy.
Pasaba por una calle,
quando à la misma ocasion
un hombre la atravesaba,
à quien engañado, yo
por Don Dionis llegué à hablar,
tanto se le pareció,
que no le desmiente el talle,
ni el rostro, y hasta la voz
le parece, y en el trage;
que como el dia de hoy
están los precios tan caros,
y todas las galas son,
ò bayeta, ò tafetan,
poco le diferenció:
el vestido que trae, casi
el mismo es que traeis vos;
y tanto, que si no hubiera
de esta misma confusion
exemplares en el mundo,
pues muchas veces se vió
parecerse un hombre à otro,
afirmára, vive Dios,
ser vos mismo. *Dieg.* Y eso mismo
sin duda le sucedió
tambien à Beatriz, pues piensa
que pude en otra ocasion
negar que la conocia.
Beat. Bien ensayados los dos
venis, quanto estudio os cuesta,
Don Juan, la tal relacion?
Por tan necia me teneis,
que imaginasteis que yo
creyera tal?
Juan. Eso es cierto.
Inés. Pues no lo has creido?
Beat. No.
Inés. Yo sí, que he visto otra vez
mil, que parecidos son:
si no, dime, con qué intento
estos dos nombres fingió
Don Dionis? pudiera nadie
prevenir esta ocasion?
sabía si eras amiga
de Doña Clara, ò si no?
sabía que habia de hallarte
con ella en conversacion?
no, pues no entrára si fuera
el mismo; demas que estoy
mirandole con cuidado,
y ahora me pareció,
que el otro de aquesta tarde
era dos dedos mayor.
Juan. Sí, un poco era mas robusto.
Dieg. Beatriz lo advierte mejor,
mas ella quiere quejarse,
porque no me queje yo.
Beat. Pues de qué podeis quejaros?
Dieg. De ver à Felix con vos.
Beat. Es verdad, que como à Clara
vos no habeis hablado hoy,
podeis quejaros de mi.
Dieg. Quien es Clara? que por Dios
que no la conozco. *Inés.* Mira
que ha sido, señora, error
de Naturaleza. *Juan.* Advierte
que à mi mismo me engañó.
Beat. Todos bien podeis decirme
que esto cabe en la razon,
que esto se ha visto otra vez,
mas no he de rendirme, no,
hasta que mis propios ojos
miren juntos à los dos. *Vase.*
Inés. No habrá quien la desengañe,
que es muger de su opinion,
aunque tan claro lo vea.
Juan. Bien la traza sucedió.
Dieg. Qué no intenta un hombre pobre
con ingenio, y con amor!

C 2 *Vanse*

Vanse los dos por una puerta, y por la otra se va à entrar Inés, y la detiene Felix.

Fel. Ventura notable fué,
que ahora pudiese hablarte,
Inés, y llegar à darte
esta vida, que hoy se ve
en tus manos, tuyo soy;
y en fe de que el alma mia,
que ha de servirte confia,
esta sortija te doy,
que solo un diamante de ella
ducientos escudos vale,
porque no hay luz que le iguale;
oxalá fuera una estrella.

Inés. Bien está siendo diamante,
que embarazada me viera,
si mia una estrella fuera.

Fel. Dime, quien es el amante,
Inés, por quien tu señora
vive, y yo de zelos muero?
que aunque sé que à un forastero
estima, quiere, y adora,
no me he atrevido à creer
que asi cegarse pudiese,
y que à hombre tal se rindiese
tan presumida muger:
todo lo sé, mas no quiero
sino estar asegurado.

Inés. Qué gran gusto me ha quitado
quien te lo contó primero!
pues tal condicion me dió
el Cielo, que no quisiera
que otro ninguno supiera
los secretos, sino yo,
porque otro ninguno fuese,
quando secretos guardase,
quien à todos los contase,
quien à todos los dixese:
porque aunque es santo, prometo,
el secreto singular,
yo nunca pude guardar
la fiesta de san secreto.
Porque te le diga, aquí
me das prendas lisonjeras,
quando porque me lo oyeras,
yo te diera el alma à ti?
Que he estado enferma en la cama
muchas veces, por no hallar
con quien poder descansar,
murmurando de mi ama.
Anoche ese forastero
una cadena le dió,
que en cien escudos ganó.

Fel. Ya vi la cadena. *Inés.* Quiero
decir mas, como esta tarde
vino de verle zelosa
con otra dama, y dudosa
de si es él, se abrasa, y arde
en zelos. *Fel.* Dexame à mi,
que tambien me abraso, y ardo:
qué es lo que espero? qué aguardo?
Si yo la cadena ví,
si de tu boca escuché,
que porque hablando le vió
con otra, tanto sintió;
si esto he visto, y si esto sé,
por qué de mi necio amor
no agradezco el desengaño?
mi remedio está en mi daño,
que no hay cura sin dolor.

Inés. Advierte, Felix, que estás
dando voces. *Fel.* Pierdo el seso,
dexame, Inés. *Inés.* Segun eso,
ya no quieres saber mas?

Fel. Qué mas, si esto me provoca?

Inés. Y es buen termino empeñarme
en hablar, para dexarme
con la palabra en la boca?
pues no has de irte, sin que diga
quanto de mi ama sé,
porque lo que yo empecé,
no es bien que otro lo prosiga:
porque es la murmuracion
sarna empezada à rascar,
que no se puede dexar;
y asi, señor, no es razon
que mis labios queden mudos:
porque me oigas un instante,
toma, que solo un diamante
vale ducientos escudos.

Fel. Dexame, que ya no quiero
saber mas: quien, sino yo,
curioso solicitó
contra sí el veneno fiero?
Quien, sino yo, desta suerte
pretendió su perdicion?
verdugos los zelos son,
que cobran el dar la muerte.
O nunca hubiera yo oído
lo mismo que he deseado,

ò ſiempre hubiera ignorado
lo miſmo que he pretendido.
Pues ſi el que ſu pena ſabe
muere, y muere el que la ignora,
morir dudandola ahora,
fuera muerte mas ſuave.
Quando à un hombre en ſu fortuna
ſiguen dos contrarios fuertes,
por querer darle dos muertes,
ſuelen no darle ninguna.
Si à mi el dudar, ò el ſaber,
dos muertes me pueden dar,
quiero al ſaber, y al dudar
por enemigos tener;
pues quando mi pena allanes,
ſin ver ſi vivo, ò ſi muero,
eſtaré como el acero
ſuſpenſo entre dos imanes.
Inés. O nunca yo hubiera hablado!
pero no ſerá el diſguſto
tan grande, como fue el guſto
del haberlo publicado. *Vaſe.*
Sale Rodrigo.
Rod. Con que linda induſtria vengo
prevenido, para hacer
que Beatriz llegue à creer
quanto imaginado tengo
cerca del galan de à dos,
que la engaña, y enamora!
Fel. Llegaréle à hablar ahora,
ya eſtoy reſuelto: Con vos
tengo que hablar, Caballero,
una palabra no mas,
y para aquello, detras
de San Geronimo eſpero.
Rod. Vos venis muy engañado,
no ſoy yo el buſcado, no,
porque no ſoy hombre yo,
que detras de nadie he hablado
en mi vida, ſea el que fuere,
quanto mas detras de un Santo,
que quiero, y eſtimo tanto:
lo que decirle quiſiere,
delante ſe lo diré,
à las eſpaldas jamas,
no han de decir que detras
de San Geronimo hablé.
Vueſtras penas declaradlas,
no diga el Santo quejoſo,
que por ſer tan poderoſo,
le murmuro à las eſpaldas.
Fel. Pueſto que quereis que aquí
hablemos, decid, no fuiſteis
vos el que anoche veniſteis
à eſta caſa? *Rod.* Señor sí,
y nunca hubiera venido.
Fel. Hay mas riguroſa pena!
Rod. Pues me coſtó una cadena
la viſita. *Fel.* Cierto ha ſido
mi temor, eſte es ſin duda
el que ſoſpechaba yo,
eſte es del que Inés habló,
ni lo niega, ni lo duda.
Pues yo, Caballero, ſoy
un hombre. *Rod* Sed norabuena.
Fel. Que tiene de veros pena.
Rod. Pues no verme. *Fel.* Y tal eſtoy
de colerico, que aquí
palabra me habeis de dar
de no entrar, de no paſar
por eſta calle, ò aquí
hoy el uno de los dos
ha de morir. *Rod.* Si eſtuviera
en mi mano, yo lo hiciera,
con tal que fuerades vos;
pero yo tengo de entrar,
que no he de dexar perdida
mi hacienda. *Fel.* Y yo con mi vida
aſi lo ſabré eſtorbar.
Empuña la eſpada.
Rod. Detened, ſeñor, la eſpada,
y mirad que no es razon,
con tan minima ocaſion,
dexarla en ſangre bañada.
Advertid, que nueſtra vida
es una, y tan mal hallada
con noſotros, que enojada,
apenas ve una ſalida,
quando eſcapa por allí:
pues es decir (aunque viejo)
que es de ante nueſtro pellejo;
con una breva le ví
paſarſe, porque ſe advierta
ſer fragiles; y aſi, os doy
una, y mil palabras hoy
de no llegar à eſta puerta;
qué es à eſta puerta? à eſta calle,
à eſte barrio, à eſte quartel;
palabra os doy, como fiel
Catolico, no ſe halle

eſ-

escrito que me verán,
si esto vuestro amor desea,
en la Parroquia, aunque sea
en la de San Sebastian,
que es bien grande.
Fel. Has procedido,
como villano, cobarde.
Rod. Asi moriré mas tarde.
Fel. Pues otra palabra os pido.
Rod. No hay cosa que ya no pueda
vuestro mando entre los dos,
pues no me pedireis vos
cosa, que yo no os conceda.
Imaginad este dia
todo quanto vos quereis;
y eso otorgo, que no habeis
de vencerme en cortesia.
Fel. Y quando no, ciego, y loco
yo os lo hiciera hacer.
Rod. Confieso
sí hicierades, que por eso
no hemos de reñir tampoco.
Fel. A estocadas. *Rod.* A estocadas?
son favores, y regalos,
porque yo pensé que à palos,
à coces, y à bofetadas:
que espero, porque os asombre,
procediendo siempre así,
que no han de decir por mi,
aqui mataron à un hombre:
sino aquí como un lebrel
(desta suerte han de decir),
à un hombre hicieron huir,
rueguen al miedo por él.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Diego, y Doña Clara.
Dieg. Por no encontrar un criado,
sin que os avisasen, llego
hasta aquí.
Clar. Señor Don Diego
Osorio? *Dieg.* Bien lo he trazado. *ap.*
Clar. Sabed, que hoy tuve un recado
de Beatriz, la amiga mia,
que aquí estuvo el otro dia,
Don Diego, en que me ha enviado,
para hacer otra, à pedir
que aquesta joya la envie:
y para que no la fie
de su criada, à decir
me envió que la llevaseis
vos mismo, y que la hora es
aquesta tarde à las tres,
para que en casa la hallaseis;
porque si vos la llevais,
no quede Inés enojada,
viendo que de mi criada
fio mas. *Dieg.* Vos me mandais
cosa, que quien estimára
mi deseo, no la hiciera,
pues zelosa, no quisiera
que à otra Dama visitára;
la que no zela, no diga
que quiere, porque el temor
es una sombra de amor.
Clar. Yo soy de Beatriz amiga,
qué he de temer, ni dudar?
Dieg. El serlo Beatriz tambien,
que de la amiga es de quien
hay menos hoy que fiar.
Clar. Por lo menos, vos fiais
de vos poco en la ocasion,
pues en mi satisfaccion
temor, y rezelo hallais.
Y huelgome de tener
ocasion, en que la ausencia
hoy me sirva de experiencia,
para tocar, y saber
si tengo que agradeceros,
que en la oposicion del dia
es la noche obscura, y fria;
y asi, quiero yo poneros
en la ocasion, porque diga
experiencia semejante
la fineza de un amante,
la falsedad de una amiga;
porque el rigor de mi estrella
hoy se conozca en los dos,
viendo lo que tengo en vos,
ò lo que no tengo en ella.
Dale una joya, vase Doña Clara, y sale Rodrigo.
Rod. Dime, si puedo llegar
à hablarte, señor, y puedo
darte dos recados. *Dieg.* Cuyos?
Rod. Uno es mio, y otro ageno.
Dieg. Y qué son? *Rod.* Empezaré
por el mio, que es muy necio
quien tiene propios negocios,

y hace los de otro primero.
Yo, señor Don Diego, digo
(que para mi eres Don Diego),
que me hagas saber, si soy
criado apocrifo, si tengo
cuerpo fantastico, ò si
soy mortal, y como, y bebo;
porque ya todos los dias
en el Filosofo leo
Ni-comedes, y à las noches
en el Concilio Ni ceno.
Esto es quanto à mi; y en quanto
al liberal huesped nuestro,
dice, señor Don Dionis,
que nos vamos, ò paguemos.
Dieg. Hay mas de irnos, y pagarle?
Rod. Cómo ha de ser sin dineros?
que ya pienso que espiraron
los pasados quatrocientos.
Dieg. Es verdad, pero qué importa?
faltará un arbitrio nuevo
para buscarlos? *Rod.* En quien
si à todos debes? *Dieg.* Consejo
de mi padre es; sé el que debes,
me dixo, y soy el que debo;
pero en los mismos que hoy
debo tanto, hallar espero
mas dineros.
Rod. Pues no quieres
que tengan de ti escarmiento?
Dieg. Qué poco sabes! no hay Banco
que esté mas seguro, y cierto,
que aquel que una vez prestó,
pues por no perder aquello
prestado, va dando mas
sobre su mismo dinero:
mas por Dios que nos ha visto
Inés hablando.

Sale Inés.

Rod. Mudemos
la platica: la cadena,
que vos me ganasteis, tengo
de quitar aquesta noche.
Dieg. Allí la tendreis. *Rod.* El Cielo
os guarde. *Vase.*
Inés. A grande ventura
haberos hallado tengo,
porque iba à vuestra posada,
y ahorro del camino el medio.
Dieg. Pues qué me quieres, Inés?
Inés. Decidme antes, qué era aquello
que ahora hablabades, señor,
con aquel grande embustero?
Dieg. Yo no le conozco mas,
que aquella noche del juego,
dixome que hoy llevaria
de la cadena el dinero.
Inés Pluguiera à Dios que él hiciera
esa necedad, que vengo
de la Platería de ver
quanto pesa, y es muy cierto
que es falsa. *Dieg.* Qué dices?
Inés. Digo
lo que dicen los Plateros.
Dieg. No llegáras quando estaba
aquí? que viven los Cielos,
que le matára, no importa
el interes del dinero,
pues yo le enviaré à Beatriz
esos cien escudos luego,
sino el termino: qué facil
es de engañar (caso es cierto)
un hombre de bien! Inés,
di, por donde fue? que quiero
seguirle. *Inés.* Escuchame ahora,
que tiempo te queda luego:
dice mi señora, que hoy
à las tres.
Dieg. Aun peor es esto. *ap.*
Inés. Vayas à casa, que tiene
que hablarte, y que estés muy cierto
à las tres en punto. *Dieg.* Dile,
Inés, que sus manos beso,
y iré muy alegre, en ver
que su memoria merezco.
Inés. Quedate con Dios.
Dieg. Quisiera
darte algo, mas no me atrevo,
por no tener una joya
muy buena, mas te prometo:
esto basta, porque soy
muy enemigo de aquellos
que prometen, porque al fin,
da dos voces quien da luego:
véte con Dios. *Inés.* El te guarde,
que yo otra cosa no quiero.
Ya no dormiré en mi vida, *ap.*
pensando en qué será esto
que me ha de dar: desta vez
salir de lacería pienso. *Vase.*

Que-

Queda Don Diego suspenso, y sale Rodrigo.

Rod. Ya se fué, de qué has quedado
tan elevado, y suspenso?
Dieg. Ay Rodrigo, dieron fin
mis esperanzas, cayeron
en tierra las presunciones
que levanté sobre el viento:
Beatriz supo mas que yo,
y hoy en ocasion me ha puesto,
de donde con mis engaños
salir vencedor no puedo.
Para su casa me llama
hoy à las tres, y ha dispuesto
su desengaño tan bien,
que para esta hora ha hecho
que Clara me envie à su casa
con una joya que llevo:
si voy como Don Dionis,
galan suyo, falto luego
como Don Diego, galan
de Clara, y tendrá por cierto
ser uno solo: si voy
con esta joya primero,
haréle falta despues,
que es el desengaño mesmo:
aconsejame, Rodrigo.
Rod. Si has de tomar mi consejo,
contentate con la una,
y sea Clara, pues sabemos
que es la que dineros tiene;
que entre el amor, y el dinero,
si tuviera dos galanes
Beatriz, hiciera lo mesmo.
Dieg. Cómo perderé à Beatriz,
si en ella la vida pierdo?
Rod. Pues dexa à Clara. *Dieg.* Eso no,
que aspiro à su casamiento.
Rod. Pues casate con entrambas;
aunque yo tengo por cierto,
que has de quedar sin alguna.

Sale Don Juan.

Juan. Don Dionis, buscandoos vengo.
Dieg. Pues, Don Juan, qué me mandais?
Juan. Sabed, que un hombre, à quien debo
ochocientos reales, hoy
me aprieta mucho por ellos:
seis dias me da de plazo,
y aunque es verdad que yo tengo
los quatrocientos aquí
en plata, pediros quiero,
que para cumplir con él,
me deis otros quatrocientos,
pues que teneis una letra
de quatro mil. *Dieg.* Para eso
era menester hacerme
prevenciones, siendo vuestro
todo quanto fuere mio?
que os los dé, tened por cierto;
mas no podré hasta de hoy
en quatro dias, al tiempo
que la letra cumple: aquí
está Rodrigo, que en esto
no me dexará mentir.
Rod. Si dexaré yo por cierto. *ap.*
Dieg. Yo estaba diciendo ahora,
que estoy tambien sin dineros:
lo que podemos hacer,
porque nos acomodemos
entrambos, es, que me deis
ahora esos quatrocientos
que traeis, que à los seis dias,
y antes mucho, yo me ofrezco,
Don Juan, à que à vuestra casa
se os lleven los ochocientos.
Juan. Decis bien, veislos aquí
atados en este lienzo.
Rod. Dióle con la Camarguina. *ap.*
Dieg. Toma, Rodrigo, y con estos
paga al huesped, vé gastando,
y no te aflijas tan presto,
que no desampara Dios
à nadie.
Rod. Por fe lo tengo;
pero si en esta materia
desampara à alguno, creo
que es Don Juan.
Dieg. De aquí à seis dias
hay un fin fin: ahora quiero
deciros, Don Juan, que estoy
con un grande sentimiento.
Juan. Cómo?
Dieg. Beatriz me ha citado
para dos partes à un tiempo.
Juan. Y qué habeis de hacer?
Dieg. No sé:
si bien prevenido tengo
un engaño, que si sale
como le imagino, creo
que le habeis de celebrar.

Juan.

Juan. Yo no imagino, ni pienſo,
que haya induſtria para hacer
que un hombre en un miſmo tiempo
eſté en dos partes, ò en una
parte ſola con dos cuerpos.
Dieg. No habeis oído decir,
que para todo hay remedio?
vos teneis un Alguacil
amigo? *Juan.* Sí, muchos tengo.
Dieg. Pues habeis de hacer que eſté
eſta tarde al miſmo tiempo
que yo vaya à entrar en caſa
de Beatriz, yo os diré luego
para que fin, quando eſteis
con él en la calle pueſto.
Juan. Pues qué ſe conſigue aſi?
Dieg. Lo que aquí os toca, es, poneros
en la calle, y que eſté en ella
el Alguacil encubierto,
lo demas ſabreis deſpues.
Juan. Mirad, unos penſamientos
los mas notables teneis;
quien imaginára eſto,
ſino vos? no ví en mi vida
tan ſutil entendimiento. *Vaſe.*
Rod. Pues aunque mas le alabeis,
no vereis los quatrocientos.
Dieg. Ahora, Rodrigo, entra aquí
la cadena.
Rod. Y à qué efecto?
Dieg. Tu has de ir à ſu caſa un poco
antes que yo.
Rod. Yo no puedo
entrar en ſu caſa. *Dieg.* Cómo?
Rod. Como hay grande impedimento.
Dieg. De qué ſuerte?
Rod. Yo, ſeñor,
ſoy liberal, y no tengo
palabra mia.
Dieg. Proſigue.
Rod. Pidiómela un Caballero
de que no entre en eſa caſa,
y concedíſela luego,
porque, como tengo dicho,
ſoy liberal en eſtremo.
Dieg. Dexa eſas burlas, y acaba.
Rod. Cómo acabar, ſi ahora empiezo?
Dieg. Que has de ir en caſa de Beatriz.
Rod. Qué dirá la ley del duelo,
ſi yo rompo mi palabra,
ſino que el tal Caballero
me rompa à mi la cabeza?
Dieg. Vamos, iréte diciendo
lo que has de hacer: ſi eſta vez
con induſtria, y arte venzo
amor, ingenio, y muger;
en la ocaſion que me ha pueſto,
no habrá que temer à amor,
pues ſeguramente puedo
atreverme à conſeguir
en dos divinos ſugetos
belleza, y hacienda, guſto,
è interes, honra, y provecho. *Vanſe.*

Salen à la ventana Beatriz, y Inés.

Beat. Inés, no me han ſufrido
mis zelos, que temores me previenen,
dexar de haber ſalido
à la ventana, à ver ſi acaſo vienen
Don Dionis, y Don Diego,
que al templo aſi del deſengaño llego.

Sale Rodrigo.

Rod. Bien sé que yo no puedo
eſcapar, coſa es clara,
con bien deſta aventura, yo tomára
en paz, de buen partido,
media cabeza abierta: à la ventana
Beatriz eſtá, atrevido
quiero llegar, pero de mala gana,
à empezar lo tratado:
ſaqueme Dios de comico criado.
Porque no penſeis, ſeñora
Doña Beatriz, que paſando
por eſta calle, y mirando
en eſa reja al aurora,
puedo inadvertido yo
huir el roſtro, no haber
hecho haſta ahora traer
el dinero, en que quedó
empeñada la cadena,
llego à hablaros, el intento
diſculpe mi atrevimiento.
Beat. La diſculpa fuera buena,
à no haberſe ya ſabido
el engaño, Caballero,
del oro, pero no quiero
que de mi hayais preſumido
que eſo me pudo tener
quejoſa: lo que ahora os ruego,
es, que el pueſto dexeis luego,
porque no os acierte à ver

aquí el Caballero, à quien
se hizò entonces el engaño,
porque ningun hombre en daño
de su opinion sufre bien
demasias, y no fuera
bien que à mi puerta os hallára,
donde de ofensa tan clara
satisfacerse quisiera;
que sé os anda buscando
con solo este fin: y así,
os pido que os vais de aquí;
porque puede venir. *Rod.* Quando
ese Caballero venga
sabré con cuerdas razones
dar tantas satisfacciones,
que por disculpado tenga
el engaño; y si no fuere
bastante mi cortesia,
y con mayor gallardia
satisfacerse quisiere,
sabré remitir, es llano,
culpa tan averiguada
desde la lengua à la espada,
desde la voz à la mano.
Y mal hicisteis, por Dios,
en decirme que me fuera,
si eso quereis, pues lo hiciera,
à no mandarmelo vos,
que amenazado, no puedo
en todo hoy irme de aquí,
porque no penseis de mi
que puede ausentarme el miedo:
venga ese galan, à ver
si executa en mi presencia
quanto os prometió en ausencia:
aunque me llega à tener
grande ventaja, si os ama,
y le mirais esta tarde;
porque nadie fue cobarde
à los ojos de la Dama.

Sale Don Diego.

Dieg. Todo queda prevenido
para mi engaño feliz,
y estar ahora Beatrìz
aquí, gran ventura ha sido.
A mi el parabien me doy
de haberos hallado aquí,
adonde sepais de mi,
Caballero. *Beat.* Muerta estoy.
Dieg. Que no estoy hecho à sufrir
(dexo à parte el interes)
sinrazon, que ofensa es.
Beat. Quanto llegó à prevenir
mi temor, ha sucedido.
Inés. Si riñen, no pienso dar
por un Reyno este lugar.
Rod. Vos, señor, habeis venido
en ocasion, que aunque yo
satisfaceros quisiera,
por mi opinion no lo hiciera,
porque ningun hombre dió
satisfaccion que se pide
delante de una muger;
y así, ved como ha de ser.
Dieg. Quando igual en mi se mide
la razon, y el valor, no
es justo que blasoneis,
ni quiero que vos me deis
satisfacciones, que yo
puedo tomar: Perdonad,
Beatriz, si pierdo indiscreto
à vuestra casa el respeto:
la espada, hidalgo, sacad,
que de esta suerte pretendo
castigar engaños, no
satisfaceros. *Rod.* Y yo
desta suerte me defiendo.

Sacan las espadas, y riñen.

Beat. No me ha dexado el temor
aliento. *Inés.* Qué gusto ofrece!
Rod. Tira quedo, que parece
que va de veras, señor.
Dieg. Cobarde, así tu malicia
mi espada ha de castigar.
Rod. Eso es tirar à matar.

Sale un Alguacil, y gente.

Alg. Favor aquí à la Justicia.
Rod. Lo que me toca es huir
(muerto soy), aquesto haré
muy propiamente, porque
tengo poco que fingir. *Vase.*
Alg. Deteneos al Rey, y dadme
la espada. *Dieg.* La espada no,
porque un hombre como yo
no la ha de entregar, llevadme
con ella donde gusteis,
que yo no resisto aquí
el ir preso, solo así
resisto que me lleveis
sin espada, pues es cierto

que

que yo no tengo de hacer
resistencia, por haber
à un hombre tan baxo muerto:
mi palabra bastará,
si digo que preso voy. *Vanse.*

Beat. Ay Inés, temblando estoy;
baxa, y mira donde va
preso Don Dionis (ay Cielos!)
yo tuviera por mejor,
que no hubiera hecho mi amor
esta experiencia de zelos.

Quitanse de la ventana, y salen Don Felix, y Leonelo.

Leon. Cuchilladas à la puerta
de Beatriz? qué puede ser?

Fel. Poco me da que temer
el tener por cosa cierta
que su galán no sería,
que es en estremo cobarde.

Leon. No hay hombre que no haga alarde
del esfuerzo, y valentia,
quando su Dama le ve:
llenas están las historias
de mil sangrientas vitorias
que dió el amor. *Fel.* Ya yo sé
que hay exemplos diferentes
de muchos hombres famosos,
que siendo muy temerosos,
el amor hizo valientes.

Leon. Inés viene aquí, y podrás
della saber lo que es.

Sale Inés con manto.

Fel. Dime por tu vida, Inés,
qué es esto?

Inés. Tu lo sabrás:
Don Dionis, el forastero,
de quien otra vez hablé
contigo, no sé porque
riñó con un Caballero:
llevanle preso, y yo vengo
de seguirle adonde va,
y supe que en casa está
de un Alguacil. *Fel.* Y yo tengo
mayor confusion de oir
tus razones: quando fué,
quando yo contigo hablé
de Don Dionis? *Inés.* Desmentir
quieres mi voz, siendo yo
quien por templar los rigores
de tus zelos, los amores
de Don Dionis te contó?
qué esto olvidarse pudiese!

Fel. No lo olvidé; pero allí
otro galan entendí
que el favorecido fuese,
porque en la cadena yo
causa hallé de sospechar.

Inés. Y no la pudo ganar
quien à Beatriz se la dió?

Leon. Desa suerte, ya es forzoso
que ardamos à un mismo fuego,
yo zeloso de Don Diego,
vos de Don Dionis zeloso:
siendo cierto que uno ha sido
con dos nombres, yo le hablé
en casa de Clara. *Inés.* Fué
un engaño, en que han caído
muchas personas, al verlos
esa confusion padecen;
tanto, que no hay conocerlos.

Leon. No me puedo yo engañar
tanto, Inés, que allí creyese,
que Don Dionis mismo fuese.

Inés. Pues esto puede faltar,
si yo lo he visto, y lo sé?
la verdad es la que digo. *Vase.*

Fel. Ahora bien, venid conmigo,
que aunque esté preso, hoy sabré
quien es, pues de dos quejosos
juntos, no se ha de escapar,
pues quando quiera negar
con engaños cautelosos
ser el que me ofende à mi,
no podrá negar que ha sido
el que à vos os ha ofendido,
y convenciendole asi,
sabrémos si es uno, ù dos,
riñendo, como advertis,
conmigo, si es Don Dionis;
y si es Don Diego, con vos. *Vanse.*

Salen Beatriz, y Inés.

Beat. Donde llevaron preso
à Don Dionis, Inés? triste suceso
de mi fortuna escasa!

Inés. Yo les seguí, señora, hasta una casa,

que

que me dixeron que era
del Alguacil, y en ella, aunque quisiera,
no pude hablarle, ò verle,
que pusieron cuidado en esconderle:
porque todos, señora, de una suerte
decian que dexaba hecha una muerte:
y aun no faltó quien dixo,
que él habia visto al muerto. *Beat.* Ya me aflijo
con mayor causa, Cielos,
ò nunca exâminára yo mis zelos!
ò nunca le dixera,
que à tal hora à esta casa, Inés, viniera,
pues su disgusto hubiera asi escusado,
y no me hubiera yo desengañado;
pues ya es hora, y no viene
Don Diego Osorio. *Inés.* Dime tu, quien tiene
el relox tan atento,
que un instante no mienta, ò un momento?
Las tres dieron ahora:
aun no tarda.

Llaman dentro, vase Inés, y vuelve à salir con Don Diego, que trae otro vestido.

Beat. Llamaron? *Inés.* Sí señora,
tu desengaño tiene
efecto. *Beat.* Cómo, Inés? *Inés.* Don Diego viene.
Dieg. Hasta aquí felizmente ha sucedido, *ap.*
pues preso me imagina, y el vestido
en algo disfrazado,
mejor color à mi fortuna ha dado.
Beat. Inés? *Inés.* Señora? *Beat.* Ay triste!
Don Dionis está preso. *Inés.* Tu le viste
llevar. *Beat.* Asi es verdad, ya de otra suerte
hoy mi discurso la razon advierte,
pues que conozco, quando à verle llego,
que aquél es Don Dionis, y este Don Diego.
Dieg. La bellisima Clara,
con cuya luz es la del Sol avara,
Beatriz hermosa, os besa
la mano, y obligada se confiesa
à su feliz fortuna,
por pensar que la dió ocasion alguna
en que serviros pueda;
y en tanto que ella agradecida os queda,
esta joya os envia,
cuyos diamantes son hijos del dia:
y dice, que si ha sido
la joya tan feliz, que ha merecido
agradaros, no hagais otra tan bella,
pues os podeis servir desde hoy con ella.
Beat. No sé que responderos,

pues no sé lo que debo agradeceros,
ò el haber vos venido
à honrar mi casa así, ò el haber sido
enviado de Clara;
pero si en todo mi aficion repara,
por todo os agradezco
esta dicha, y honor que no merezco.

Inés. Qué te parece? *Beat.* Estoyle, Inés, mirando *ap.*
de espacio, y voyme así desengañando,
porque aunque es parecido,
no es tanto como habia yo aprehendido,
que este mil cosas tiene,
en que con Don Dionis no se conviene.

Inés. No fué la luz mas clara.

Beat. Y cómo está, Don Diego, Doña Clara?

Dieg. Para serviros, tiene
salud: grandes rezelos me previene *ap.*
la atencion al mirarme,
mucho haré, vive Dios, en no turbarme.

Beat. Curiosidad es esta, no cuidado,
estais de Clara muy enamorado?

Dieg. Cómo negar pudiera
cosa, que confesarla me estuviera
tan bien? yo à Clara quiero
con firme amor, constante, y verdadero;
tanto, sin ser la lengua lisonjera,
como merece Clara, que la quiera;
con esto, à decir llego,
que es mucho. *Beat.* Bien está, señor Don Diego.

Inés. De qué te has ofendido?
no es tu galan, aunque es su parecido.

Beat. No, ni aquestos desvelos
son mis zelos, parecense à mis zelos.

Dieg. Deste enojo el remedio es la ausencia,
por no cansaros mas, dadme licencia.

Beat. Vos la teneis, decid quanto he estimado
à Doña Clara tan galan criado;
que yo estimo la joya, aunque no aceto
tan generoso termino, y discreto,
y à vos os guarde el Cielo.

Dieg. Besoos las manos: con mayor rezelo *ap.*
de mi visita queda,
no hay quien à una muger burlar no pueda.
Damas las mas discretas, y entendidas,
criticas, presumidas,
las de mas arte, ingenio, industria, y maña;
quien no quiere engañaros, no os engaña. *Vase.*

Inés. Ya cesaron tus enojos.

Beat. Pues no habian de cesar,
si llego à considerar
cómo se engañan los ojos?

Sale Isabel con manto.

Qué hay Isabel? *Isab.* Mi señora
dice,

dice, que si quieres ir
hácia el Prado, à divertir
tus pensamientos, que ahora
ella vendrá por aquí
en el coche. *Beat.* Di que espero
muy gustosa, porque quiero
contarla un caso, que à mi
me ha sucedido. *Isab.* Pues luego
vendrá.

Beat. Dame, Inés, el manto,
que hoy salimos deste encanto:
valgate Dios por Don Diego.

Vanse, y salen Don Felix, y Leonelo, y por otra parte Don Diego, Don Juan, y Rodrigo.

Fel. En todo el lugar no ha habido
ni aun noticia de tal preso.

Leon. Yo no entiendo este suceso
como tan secreto ha sido.

Juan. En fin sucedió muy bien.

Rod. La parte que me tocó,
lindamente fingí yo.

Fel. No es aquel, Leonelo, à quien
vamos buscando yo, y vos?

Leon. Sí, pues cómo vos decis,
ù Don Diego, ù Don Dionis,
mal del uno de los dos
puede escapar. *Fel.* Pues yo llego
à hablarle, quedaos aquí,
que si no me toca à mi,
podeis declararos luego.
Caballero.

Llega à ellos, y Rodrigo empuña la espada.

Rod. Yo he cumplido
mi palabra, y vive Dios.

Fel. Yo no hablo, hidalgo, con vos,
ni ya esa palabra os pido.

Dieg. Pues con quien? *Fel.* A vos, señor,
en el campo hablaros quiero.

Rod. Es aqueste Caballero
el Infante Vengador,
que temerario, y terrible
à todos los desafia?
asi la guarda sería
de la Puente de Mantible.

Dieg. Pues guiad donde elegis
que os siga. *Vase.*

Juan. Si vos venis
con ese hidalgo, los dos
los sigamos.

Leon. Bien decis. *Vanse.*

Rod. Para qué? con prometerle,
mientras su locura pasa,
de no entrar en esa casa,
podreis hoy satisfacerle,
como yo hice, vosotros,
mientras que con furia vana
desafie à otros mañana,
y se olvide de nosotros. *Vase.*

Salen Beatriz, Clara, Isabel, y Inés con mantos.

Clar. Di que se retire el coche,
en tanto que aquí apartadas,
con mas libertad gozamos
de las lisonjas del aura.

Beat. Por lo menos no serémos
tan conocidas, y agrada
mas el campo, quando en él
un rato se vive, y anda.

Clar. Aquí puedes proseguir
ahora la comenzada
historia: qué se parecen
nuestros galanes! *Beat.* Con tanta
perfeccion, que he presumido,
Clara amiga, que la sábia
Naturaleza, perdiendo
las excelencias de varia,
ù olvidada de sí misma,
segunda vez se retrata,
copiando en uno, y en otro
el exemplar de una estampa:
yo no lo creí hasta hoy,
que el verlos me desengaña
à uno preso, y à otro libre;
que esta sola fué la causa
de decir que me enviases
aquella joya prestada.

Clar. Cosas notables me cuentas.

Inés. Mucha gente viene.

Beat. Aguarda,
que hácia esta parte parece
que personas retiradas
se encaminan. *Clar.* Y entre ellos,
si la vista no me engaña,
viene Don Diego. *Beat.* El será,
porque el otro cosa es clara
que está preso. *Clar.* Con él viene
Leonelo. *Beat.* Y los acompaña
Felix, y Don Juan, y el otro,
Inés, de las cuchilladas

desta

desta tarde. *Inés* Como está
tan sano, si me afirmaban
muchos, que quedaba muerto?
Beat. Pues no han venido sin causa.
Clar. Qué haremos, que si nos ven,
no querrán decirnos nada?
Beat Lo mejor es escondernos
detras destas rotas tapias.

Escondense las dos Damas detras del paño.

Inés. Esteril Poeta es este,
pues en un campo le falta
yedra, jazmin, ò arrayan,
para esconder unas Damas.
Isab. No ves que estamos detras
de San Geronimo, y basta
que finja tapias? y aun esas
plegue al Cielo que las haya.

Escondense las criadas donde están sus amas, y salen Don Diego, Don Felix, Don Juan, Leonelo, y Rodrigo.

Fel. Retirese ahora el úno
de los dos que os acompañan,
y quedarémos iguales.
Dieg. Yo remito la ventaja,
vuelvete, Rodrigo, tu
al lugar. *Rod.* De buena gana:
con todo eso, desde aquí *ap.*
tengo de ver en que pára.

Escondese Rodrigo hácia otro lado.

Fel. Ahora, para saber
con quien riño, pues se hallan
en vos uno de dos nombres,
decid, quien sois?
Dieg. Temeraria
accion ha sido sacarme
al campo, con ignorancia,
dudando: sino sabeis
quien yo soy, cómo con tanta
satisfaccion me llamasteis?
yo soy el que soy, y basta
haber al campo salido
para reñir. *Fel.* Tengo causa,
siendo qualquiera persona
de las dos que fingis, para
hacer esto; y asi, quiero
saber qual sois.
Dieg. Porque haga
mi lengua ahora, y despues
mi acero igual la venganza,
digo que yo soy Don Diego
Osorio, y soy de Granada.
Leon. Pues à mi me toca ahora
el reñir, Felix aparta:
yo soy quien habrá dos años
que he servido à Doña Clara,
y siendo Don Diego vos,
como habeis dicho, me agravia
vuestra pretension; y asi,
viene à ser mia esta causa.
Dieg. Pues escuchadme, supuesto
que habeis querido que haga
esta prevencion, que luego
dirán lo demas las armas:
Vine de Granada aquí,
por disgustos que disfrazan
mi nombre, esta es la razon
porque en la Corte me llaman
comunmente Don Dionis
Vela.

Acometele Don Felix.

Fel. Pues, Leonelo, aparta,
porque siendo Don Dionis,
viene à ser mia esta causa.
Dieg. Escuchadme, pues, los dos,
de una vez dexando tantas
disensiones, hasta que
diga verdades mas claras;
porque un hombre principal
puede mentir con las Damas,
que engañarlas con industria,
es mas buen gusto, que infamia;
y los mayores señores
lo suelen tener por gala,
pero con los hombres no;
y asi, ahora en la campaña,
digo que soy Don Dionis,
y Don Diego, y que con trazas
de hombre pobre, he pretendido
juntas à Beatriz, y à Clara;
à esta por su hacienda, à aquella
por su hermosura, y su gracia:
sí bien, con tanto respeto
à las dos, que mi esperanza
no se atrevió, ni aun à solo
un atomo de su fama:
abreviad, quien ha de ser
quien antes se satisfaga
de mi, pues tengo à las dos
quejosas? que aquí os aguarda
el valor, que ya remito

des-

desde la lengua à la espada.

Fel. Yo seré el primero que castigue vuestra arrogancia.

Leon. Eso no, que yo he de ser.

Quieren acometerse, y salen Beatriz, y su criada.

Beat. Aparta, Felix, aparta,
Leonelo, porque tambien
viene à ser mia esta causa:
yo, Don Felix, he de ser
quien antes se satisfaga,
pues me traxo mi ventura,
adonde desengañada,
premio tu amor con mi mano,
y castigo su ignorancia,
para que vea quan poco
le aprovecharon sus trazas;
y cuente de aquesta suerte,
quando volviere à Granada,
si el engañar à mugeres
se tiene en Madrid por gala.

Fel. Leonelo, reñid ahora
vos, libre está la campaña,
que yo estoy ya satisfecho
de mis zelos, y mis ansias.

Vase Don Felix, Beatriz, y su criada.

Dieg. Por lo menos, si he perdido
su hermosura soberana,
las esperanzas me quedan
de no haber perdido en Clara
la riqueza.

Leon. Yo que estimo
mas su virtud, y su fama,
lo estorbaré.

Vuelven à acometerse, y sale Clara, y su criada.

Clar. Ahora me toca
à mi el defender mi causa;
porque veais que no son
mas seguras esperanzas;
esta es, Leonelo, mi mano,
que à vuestro amor obligada,
debo toda esta fineza:
ved si el mentir con las Damas,
y engañarlas con ingenio
es mas buen gusto, que infamia.

Leon. Si es forzoso que el efecto
cese en cesando la causa,
mi desafio acabó,
libre os queda la campaña.

Vanse Leonelo, Clara, y su criada.

Juan. Corrido estoy, vive Dios,
de considerar que haya
valido yo sus engaños,
siendo tantos, que me alcanzan
à mi tambien, hasta ahora
no conocí mi ignorancia.

Vase Don Juan, y sale Rodrigo de donde estaba escondido.

Rod. Buenos habemos quedado,
aquì no hay otra esperanza,
ni otro remedio, señor,
sino el de sacar las dagas,
y los dos, desesperados,
andar aquí à puñaladas:
de qué, di, te habrá servido
ser el hombre pobre trazas,
si al fin te dexamos todos?

Vase Rodrigo.

Dieg. De mucho, si en ellas halla
desengaños el que es cuerdo,
mirando en mi castigadas
estas costumbres, porque
escarmentando en mis faltas,
perdonen las del Autor,
que con mayor esperanza
hoy à serviros empieza
donde la Comedia acaba.

FIN.

Con licencia. BARCELONA: En la Imprenta de FRANCISCO SURIÁ.
Año de 1763.

Vendese en su Casa, calle de la Paja; y en la de Carlos Sapera, calle de la Libreria.

